tía de San Vicente y bajos de la Academia de Música, a las personas que lo solicitaron.

Que el brillante éxito obtenido este año sirva para consolidar en lo sucesivo estas fiestas representativas de nuestro carácter peculiar.

E. E.

LA NUEVA FIESTA
DEL
ÁRBOL DE SAN JUAN

HA SIDO UN GRAN ÉXITO

GRAN día fué el de ayer para los que amamos la vida humana e inmortal de este noble solar vasco. Vida de ensueños y de casticismos que siempre acertaron a alegrar los tamboriles de las romerías y los bailes inocentes de nuestras aldeas.

La tarde tristona, fué, sin embargo, apacible y diáfana. Y cuando aquel público alegre y nutridísimo se agolpaba en los balcones de la Plaza de la Constitución, en el cuadrilátero de su plaza de historia centenaria, y en los balcones señoriales de la Casa del Concejo parecía que siglos enteros de historia euskalduna nos contemplaban.

La fiesta de ayer fué un poema: como un símbolo en la imagen espiritual de la raza. Nos hablaba de la historia y la leyenda. Nos quiso hacer perdurar aunque sólo fuera en ligeras manifestaciones externas, las huellas de las edades pretéritas. Nos hablaba muy fuerte a la inteligencia y al corazón. Y parecía como retratada la fortísima fisonomía de un pueblo que aun no ha perecido, que revive, que sabe trabajar y cuando no trabaja sabe saltar y bailar.

Los prosaicos y vulgares reformadores, no dirían ayer como Voltaire «il saute comme un basque» (baila como un vasco). Los que creen en ese concepto absurdo de que la civilización consiste en la tabla rasa o la línea recta, no saben saborear la poesía del pasado, ni pueden llorar como Ganivet la decadencia de pueblos de personalidad, proranados por modernos bárbaros sin sentido alguno de la historia, del arte ni del progreso.

Pero los que aun en esta decadencia de nuestras costumbres ven todavía un pedazo de esa historia, un rasgo personalísimo, una anécdota, quizás peregrina, para éstos, la tarde de ayer fué de renacimiento y de vida.

Fueron los niños los que bailaron primero al son del tamboril. Niños que se ruborizaban, niños sanos y frescos, niños de madres euskaldunas sobre los cuales al moverse en saltos y cabriolas parecía que bajaba del cielo un sutil aroma suave y exquisito como regalada esencia.

Más tarde salieron a la plaza aquellos mozos fuertes y ágiles, representativos de la raza, y entonces sí que reinó allí un ambiente de tiempos pasados, un recuerdo de fenecidas grandezas.

Las romerías en nuestros campos melancólicos y misteriosos. Los gritos llenos de vigor y de fuerza de nuestra gente del campo. Los «aufas» en el crepúsculo, cuando al atardecer el sol traspasa las cumbres y queda quizás un diálogo entre el amor y la muerte, como aquellos inmortales poemas de Schalloy.

¡Oh raza fuerte que aun no has muerto, que vives bajo cielos lluviosos y entre el silencio de las villas y el murmullo de las ciudades! No importa que a una burguesía ramplona no le plazca ese sello de distinción y grandeza de las pasadas generaciones.

Porque recordar éstas, es recordar la historia de todo un país. Es recordar a sus hombres sintiendo la generosa alegría del ideal, mirando a la Naturaleza con ojos de artista; y que lo mismo de poetas, que de guerreros, que de aventureros, que de colonizadores sabían poner en sus labios purísimos acentos de sinceridad sublime.

Y así recordábamos ayer tarde a nuestro pueblo, entre dulces y dolorosos recuerdos. Terminaron los bailes, sonaron los acordes de la marcha de San Juan, las campanas de las cercanas iglesias, los bronces seculares, llamaron a rezar, y la fiesta terminó como con un acto de amor, de comunión con la tierra que nos vió nacer.

* * *

No terminaremos estas líneas sin enviar nuestra respetuosa y muy calurosa felicitación a la dignísima Corporación municipal, al señor Alcalde, D. Eustaquio Inciarte, y a nuestro muy querido amigo el no menos digno concejal D. José Angel Lizasoain.

ADRIÁN DE LOYARTE